

SECCION FOLK - LORE NACIONAL

“Don Dionisio, el cigarrero de Huacho”

(Tradición)

por Hermógenes Colán Secas.

Trabajo presentado en el curso de Literatura Peruana. Año 1935

Allá por los años del Virreinato, la que es hoy ciudad de Huacho, capital de la provincia de Chancay, era una caleta de pescadores y agricultores cuyas viviendas formaban un conjunto de chozas hechas de totora traída de los puquiales de Végueta, a pocas leguas de la población en referencia, que hasta ahora subsisten con sus hermosos flamencos, siendo unos y otros como bellos exponentes de la flora y fauna del Incario, que todavía resisten el embate de los siglos.

La inmensa campiña huachana estaba entretejida de árboles frutales y sembríos de menestras. Las fuentes copiaban el cielo y las plantas en sus espejos cristalinos. Los pajarillos entonaban sus trinos entre el ramaje de los sauces y pacáes en ese vasto campo de esmeralda bajo el cielo azul del estío, o bajo el cielo, encapotado, a veces, de nubes en el invierno. Las aves marinas por bandadas en el aire: las unas zambuyéndose en el océano y las otras tendiéndose en la sarenas que el mar besa con sus olas en los días con sus noches con el mismo ritmo acariciador o bravío de ayer, de hoy y de siempre. . . .

Los moradores, como algunos de los que ahora se encuentran en el campo, eran sencillos, ingenuos, creían en los cuentos de hadas, duendes, “viudas” fantasmas, diablos sueltos; en las supersticiones tales como el aullido del perro, el cliua-cliua quejumbroso de los guardacaballos, en el plañidero canto de la pacapaca, etc. para aquellos, vaticinadores de la muerte; en la brujería, que las

abuelitas, en la niñez, les habían inculcado cuando en las noches, en el patio junto a la choza, a la luz de la luna o de un farolito que parpadeaba en la oscuridad contábanle todas esas cosas que ellas mismas, de tantos repetirlas, las creían....

Así era Huacho de aquellos tiempos virreinales, cuando llegó a esa tierra un chapetón aventurero, como los muchos que vinieron de España, en busca del tanpreciado oro del Perú, sin más bagaje que su indumentaria. Era don Dionisio, quien después de haber surcado muchos mares y visto tantos horizontes en el continuo peregrinar de su vida por Africa, Méjico y otros lugares que cita la tradición, decidió venir al Perú, atraído por las riquezas de éste, para hacer vida sedentaria.

Partió de España, en un buque de velas mercante, con rumbo a estos lares, un buen día que nadie lo recuerda, y llegó al Callao, después de larga navegación, en fecha que no se sabe tampoco. El hecho es que una vez que arribó a nuestro puerto principal se trasladó a la Ciudad de los Reyes, donde le dijeron sus paisanos que Huacho era un poblado para hacer fortuna; de allí se dirigió al referido poblado, haciendo el viaje, según unos, por mar y según otros por tierra. En fin, sea como fuere, lo cierto es que el español llegó al lugar de su destino, en el cual después de cierto tiempo puso una cigarrería con el dinero que adquirió con su trabajo o del empréstito que hizo a los otros peninsulares establecidos antes que él. Desde entonces se le conoció con el nombre de "Don Dionisio", el cigarrero de Huacho, que recibía fuertes remesas de tabaco de la Capital.

El Chapetón, bien pronto se hizo de clientela y llegó a ser la persona principal del pueblo por la vida honesta que llevaba. Era muy dicharachero, parecía ser andaluz por la labia que se gastaba, y era el único en el expendio de esa mercancía.

La tienducha que tenía al principio, se transformó más tarde en otra grande y mejor surtida que la primera. Todo el mundo iba a comprar los buenos cigarros donde Don Dionisio, desde el más rico hasta el más humilde de los pobladores. Como quiera que se hizo de todos conocido y se tejió el mito sue tenía muchos caudales, y, además, se le reputara persona honorable, nadie tuvo inconveniente en hacer al español el guardador del dinero proveniente de las cosechas y de la pesca. Por otro lado, su casa era segura, cercana al cuartel, y por tanto los cobres no corrían el riesgo de los ladrones que, procedentes de otros pueblos merodiaban siempre por los alrededores. Todos estos buenos antecedentes hicieron, pues, que el aventurero fuera la persona preferida para la custodia del tesoro.

La cigarrería era muy concurrida sobre todo los días domingos y los feriados. Los huachanos, en traje de gala: pantalón azul bombacho, camisa blanca, chaleco, sombrero alón de junco y descalzos, iban a comprar los pitillos para ver "que tal lo andaba la suerte". Prendían el cigarrillo: el el sabor de éste era amargo al dar las pitadas o si la ceniza del tabaco asida a la colilla se torcía significaba que la suerte les sería adversa, y si, por el contrario, sabía agradablemente al paladar y la ceniza se abría como pétalos de rosa, todo anunciaba que el hado les sería favorable para cualquier negocio que quisiera emprender. De modo, pues, que no sólo el interés de guardar los centavos donde el Chapetón, los llevaba a la cigarrería, sino también el deseo, siempre, insatisfecho, en la búsqueda de la buena suerte a través de los pitillos encendidos y humeantes que a menudo o de vez en cuando, consumían en el día o en la noche.

Allí en la Cigarrería, veíasele a los huachasos, en los días de descanso, acodados en el mostrador con sendos cigarros, saboreándolos y con la mirada atenta a la ceniza, hechando bocanadas de humo que subían al techo haciendo espirales que llenaban la sala del establecimiento impregnándola del olor acre del tabaco que enrarecía el aire y dificultaba la respiración, al extremo que a veces se hacía imposible la permanencia en aquella por lo que había que abandonarla y salir al patio a recibir la brisa fresca que soplaba de la playa. Y, allí en la tienda estaba Don Dionisio, sin pesar ninguno, alegre y parlanchín, vendiendo a manos llenas su mercancía o recibiendo las remesas monetarias que le daban a guardar. . . .

Si bien, veíaseles entrar, en la casa del aventurero, a los parroquianos con los rostros retosantes de optimismo, se les veía salir; a unos alegres y a otros tristes según que el baticinio del cigarrillo, les hubiera sido, respectivamente, favorable o adverso. Por lo que se ve, pues, esta superstición se había generalizado tanto en el pueblo que no había quien no la creyese y le tuviera gran fe, y así en ese mismo cancán pasaban los días y pasaban los años. . . .

Como quiera que el establecimiento de Don Dionisio era tan concurrido, como queda dicho: ya por la compra que del tabaco se hacía o por el dinero que allí se depositaba, en los alrededores de aquel se establecieron puestos de vivanderas, en cuyas mesas se servía la sopa y la salchicha huachana, los picantes tales como el seviche y el escaveche, los picarones y la buena chicha de jora, que se consumía alegremente: al golpe del cajón y al son de la guitarra española que lloraba o cantaba en las manos de un cholo de esos "de rompe y raja" que los hay a lo largo del litoral.

No ha de olvidarse tampoco que junto a la cigarrería había jugadas de gallos y corridas de toros a la usansa española. Además, a aquel lugar veíase llegar del campo, vestidas de polca y anchas faldas de percala, con sombreros alones, como los hombres, descalzas o con zapatos de hule con tafilete, a las mujeres, sobre sus acémilas cargadas éstas de cerones provistos de viveres, como las que aún hoy vienen al mercado, con una criatura por delante y otra en la grupa del animal; ponían su ventorillo en el suelo y terminada la venta, éstas y las vivanderas depositaban sus ganancias en las arcas de Don Dionisio, lo mismo hacían los jugadores de gallos afortunados y los toreros criollos, que se contrataban por unas cuántas pesetas.

Las campesinas de regreso ya: montaban en sus cabalgaduras las unas por las corbas enredando los dedos del pie en la crin de la cola de éstas, y las otras por el pescueso de las mismas ayudándose con una cuerda. . .

Así, en esta misma monotonía de siempre, trascurrieron muchos años durante los cuales Don Dionisio gozaba de gran popularidad, y fué, pues, su casa, por lo que queda dicho, como el banco de reserva de todos los caudales huachanos, hasta que un día estando ya bien amallado con los ahorros de sus clientes, resolvió huir secretamente para que nadie lo persiguiese. En efecto, conocedor como era, de la ingenuidad del pueblo se valió de este ardid: compró azufre en regular cantidad y lo roció por la noche, en todos los cuartos de la cigarrería; prendióle fuego después de haber sacado el tesoro con el cual "se las echó" en un buen caballo sin que jamás se supiera de él.

Al amanecer del día siguiente, el vecindario al ver la cigarrería destruída por las llamas y sentir el hedor a azufre quemado, y no encontrando a Don Dionisio ni vivo ni muerto en parte alguna dijo que éste había sido el diablo que había reventado. Esto lo creyeron a pie juntillas porque por esos tiempos se creía que Satán andaba suelto.

Es a raíz de este acontecimiento que se ha dado en llamar a los huachanos "de la cría de Don Dionisio", queriendo decir con esto que ellos fueron muy tontos en depositar su dinero en manos de un forastero, creyendo después con toda ingenuidad que aquel había sido el diablo y no un mal hombre que los engañó llevándose el tesoro del cual lo habían hecho guardador.

(Fin de la Tradición).

CONCLUSIONES DE LA TRADICION DE DON DIONISIO "EL CIGARRERO DE HUACHO"

- A) Que la gente de ese entonces era crédula hasta la superstición.
- B) Que el español, hombre de mundo, conocedor de la idiosincrasia del pueblo huachano, puso el azufre antes de quemar la cigarrería para evitar que lo persiguiesen.
- C) Que el decir "de la cría de Don Dionisio o de Huacho", es una sentencia que se ha generalizado en toda la República, y es como sinónimo de tonto.

NOTA.—Esta tradición se la debo al señor Abraham Ramírez, no así el estilo.

Huaral, vacaciones de julio de 1935.

Hermógenes COLAN S.
